

EL RASTRO DIFUSO

Fernando Martínez López



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

A mis hermanos, Paco y Merce.

*Y como siempre, A Fernan, Mario
y Conso, por su apoyo sin el que
estas páginas no existirían.*

PRÓLOGO

Aún se mantenían impresas en sus pupilas las llamas voraces que arrasaron el barrio de La Magdalena, marcadas con hierro al rojo en su mente. Los desesperados gritos, el intenso olor a madera quemada no podría olvidarlos jamás, el amargo humo que le arrancó lágrimas laceradas de sus ojos. Ya había transcurrido casi un año desde aquello, pero a él le parecía que hubiese sucedido ayer. Ahora, el olor carbonizado se había tornado en trágicos aromas de sangre, la de los asesinados y ejecutados en nombre de una irrisoria justicia administrada por los cristianos viejos.

Su corazón lloraba por la absurda manera en que se había desmoronado el clima de entendimiento entre las culturas que enriquecían la ciudad, como si una infesta plaga se hubiese posado en la lucidez de sus pobladores. Se preguntaba mil veces las razones, por qué se veía obligado a exiliarse del lugar que le vio nacer, como si fuese un extraño en la ciudad que acogía a su familia desde hacía siglos. Asomó al refugio de la noche desde una de las hospederías que regentaba, caminando junto a las paredes de las casas en un intento necesario de confundirse con ellas, de evitar ser reconocido por miradas acechadoras, ansiosas de víctimas musulmanas o bien de conversos. El cuarto creciente de la luna, oculto tras las angostas calles empinadas, bañó de luz inoportuna su figura cuando atravesaba la plaza de la catedral. El ruido de unos pasos redobló el ritmo de sus latidos y le obligó a esconderse entre las sombras como lo haría el

culpable de un delito, angustiado, temeroso de que la patrulla lo reconociera y diera con sus huesos en la cárcel alegando cualquier injustificado motivo. A pesar del helor de la noche sudaba, ese sudor frío que provoca el miedo cervical. Y su única culpa, ser musulmán. Tuvo la impresión de que le rondaban los espíritus de los dos clérigos asesinados en la catedral por los conversos hastiados de afrentas durante el período de intransigencia que sobrevino a la lucha entre los reyes, cuando la paz en la ciudad estalló como un barril de pólvora. Vinieron los combates, el incendio de La Magdalena... Tenía que huir, la única y desoladora alternativa. Era sólo cuestión de tiempo que él también sucumbiera. Aunque en la transparencia del día todavía podía disfrutar de una frágil seguridad de cristal, las brumas nocturnas podían hacerla añicos, pero incluso ya este último asidero se iba esfumando en el fanatismo irracional.

Trasasó el umbral de su casa con el alivio del que se libra de una persecución. Ya estaba todo listo: los caballos con las alforjas cargadas, un pequeño séquito, una familia sumida en la tristeza. Abrazó a su esposa, a su primogénito Musa y al resto de sus hijos con el alma desgajándose en trocitos dolorosos por la distancia que se iniciaba ese fatídico día de 1468. Confiaba en que ellos permanecerían a salvo en Toledo, ignorados de momento los niños y las mujeres por las turbas desquiciadas; así también sería más fácil su huida. Comprobó, antes de partir, que no se había olvidado de su más preciada posesión, la que salvaguardaría lejos de aquel lugar entrañable en el pasado y amenazador en el presente sombrío. Con el rostro bañado en lágrimas, agujiones de nostalgia en el corazón y la esperanza difusa de volver algún día, abandonó su casa y su familia querida, abandonó su ciudad por la armoniosa puerta del Sol, atravesando el puente de San Martín que salvaba el abrazo acogedor del río Tajo, y enfiló su rostro hacia la luna que le marcaba el camino del sur, un periplo que desconocía lo extenso que habría de ser.

CAPÍTULO I

Ya le iba sobrando el curtido abrigo cuando regresaba por el Paseo de la Rosa. El respirar suave de los inicios de su obligado paseo matutino se había ido transformando, de forma imperceptible pero inevitable, en un resoplido exigente, marcado, un fuelle de acción continua con el que se encontraba familiarizado. Se detuvo unos instantes sobre el puente de Alcántara, de ojos desiguales, apoyado en su pretil con la vista posada sobre el verde espeso del río Tajo que transitaba con languidez hacia su encuentro con el lejano océano. Los primeros rayos del sol decaído de noviembre se desbordaron por las almenas del castillo de San Servando incidiendo con agradable tacto sobre su piel apergaminada, como la caricia de la más suave de las sedas, y cerró sus ojos para sumergirse en lo más profundo de la Historia, como gustaba hacer cada mañana cuando paseaba por los alrededores de Toledo para desentumecer el sedentarismo de sus piernas, viajando en una imaginaria máquina temporal a la época en la que los árabes colocaron los primeros y sólidos bloques de piedra del puente y del castillo, y se sentía como un espectador privilegiado de la sabiduría arquitectónica de los antiguos moradores de la ciudad.

Con el lastre molesto del abrigo pendiendo de su brazo, abandonó su viaje al pasado y dirigió la vista hacia las casas de la colina, hacia la mole sólida del Alcázar presidiendo la ciudad, y decidió retomar su marcha violando las murallas protectoras a través del arco de herradura de la puerta de Alcántara, introduciéndose con determina-

ción por la maraña callejera del casco antiguo, con el sudor bruñendo su frente en la ascensión de las omnipresentes cuestras del Toledo antiguo, rancio, el de la presencia viva de las culturas que enriquecieron la ciudad.

Dedicó una mirada de admiración, no disminuida por la costumbre, a la fachada plateresca del museo de Santa Cruz, a su sillería de trazos finos, al escudo de armas de los Mendoza sobre el dintel, pero lo hizo sin detenerse, como un saludo cortés o un fugaz «buenos días» con el caminante que se cruza uno cada mañana. La plaza de Zocodover le transmitió el bullicio incipiente de la mañana en sus cafeterías enmarcadas por los edificios restaurados de cuatro plantas, con los autobuses intrusos en aquellas calles que no habían sido diseñadas para ellos, un lugar de encuentro en el presente y en el pasado, cuando era conocida como la plaza de las Bestias.

Se encontraba algo cansado cuando por fin arribó a su destino prefijado, a la umbría humedad de la calle Alfileritos, plena de rincones típicos como el callejón de Moreto y el de los Dos Codos, con las portadas de recio granito en los edificios blasonados que rememoraban un pasado glorioso que se iba diluyendo bajo el paso ineludible de los siglos. El firme empedrado le condujo hasta la añeja casona de puerta taraceada, flanqueada por dos vigorosas columnas de piedra. Rebuscó en su bolsillo la llave que le permitió introducirse en aquel edificio vetusto que emanaba, a pesar de todo, un poderío insultante, un reflejo de su resistencia en la continua batalla contra los ejércitos del tiempo de la que de momento emergía triunfante. Más allá del vestíbulo se adivinaba el frescor, el recogimiento íntimo del patio en el que el delicado murmullo del agua de un estanque invitaba al detenimiento y la introspección. Solía permanecer allí unos minutos, entre los macetones cargados del verdor de las enredaderas, drácenas, kentias y ficus, del colorido de los geranios, rodeado de la balaustrada de la planta superior y el magnífico artesonado de la galería, y tenía la sensación de que el tiempo dejaba de existir para permitir que discurriera, por aquel espacio abierto al cielo, el palpitar de todos los que un día habitaron el edificio.

Hubiese permanecido así indefinidamente, con su espíritu revoloteando fuera de su cuerpo material como en una especie de nirvana, pero de las paredes que circundaban el patio se escapaba una llamada mucho más poderosa que le invitaba a atravesar la puerta oscura de madera, y eso hizo, dejarse seducir por el hechizo que reclamaba su atención, de manera egoísta, acaparadora. La penumbra dominaba la estancia que en realidad no era más que un eslabón de la cadena de habitaciones que se sucedían por un lado u otro, comunicadas entre sí e incluso con otras de la planta superior a través de una bella escalera de madera crujiante, formando el conjunto un inusitado e intrincado laberinto cuya principal cualidad era no dejar indiferente al que lo visitaba por primera vez. Olía a polvo viejo, a cerrado, a pasado, como un reflejo de las historias que narraban los infinitos libros, códices y manuscritos que poblaban las estanterías de aquella fabulosa biblioteca, un abigarrado mundo de letras impresas acumuladas de forma sorprendente en el interior de una antigua casa toledana. Las escaleras de mano permitían alcanzar los altos techos de las salas, en una invitación velada de visitar cada uno de los textos que allí se encontraban, impidiéndoles ser ignorados. Se sucedían los colores, las texturas, los tamaños de los libros en un aparente desorden en cada una de las lejas, una interminable colección que a buen seguro tuvo que necesitar la dedicación de toda una vida, o de muchas.

Allí se sentía en su ambiente, como un monje amanuense en el *scriptorium*, rodeado de las palabras que alguien alguna vez escribió para que él las leyera, reflejadas en los libros a los que dedicaba muchas horas al día para poder catalogarlos en una tarea que se antojaba ciclópea. En medio de la sala principal, un sillón y una gran mesa de caoba con montones de papeles en un equilibrio dudoso; también un ordenador intruso, una pincelada de tecnología que desentonaba con la tradición atesorada en aquel santuario bibliográfico. La luz escasa se filtraba por las ventanas que daban al patio sombreado o al ambiente oscuro de la calle Alfileritos, penetrando con un respeto inusi-

tado por los textos que allí encerraban porciones de Historia, conocimiento humano perdido en la memoria, tratados de los más diversos temas, planos de arquitecturas ancestrales y recientes, convenios y acuerdos firmados alguna vez entre partes litigantes.

En su sillón se sintió como el piloto acoplado a su vehículo para iniciar un recorrido por el mundo, familiarizado con aquel entorno como sólo puede lograrse a base de años dedicados a ordenar aquella monumental biblioteca privada, la más importante de España y lugar reservado únicamente a los verdaderos amantes de los libros, a aquéllos que su dueño permitía visitar en contadas ocasiones encerrándose durante horas en cualquiera de las habitaciones del laberinto, comentando entusiasmados las particularidades de un códice o quizá un legajo. Se sumió en un profundo ensimismamiento con un viejo tratado de astronomía en las manos. Se acariciaba su cabello ralo o se ajustaba las gafas doradas mientras visitaba aquellas páginas ilustres. A su espalda, unos pasos dificultosos le extrajeron de su mundo de papel.

—Buenos días, don Luis. ¿Cómo se encuentra usted hoy?

Una respiración profunda, como de corredor de fondo, demostraba la respuesta. Continuó una tos bronca, agarrada, surgiendo de lo más profundo de los pulmones.

—Hecho una pena, Roberto, qué quieres que te diga.

A pesar de la inviolabilidad del lugar, de la idea impensable de que en él pudiera encenderse un cigarro, el olor a tabaco se percibía con claridad desde la llegada del visitante, un olor que impregnaba su ropa como grasa adherida. A Roberto no se le pasó por alto el libro que portaba en una de sus manos, una pieza en la que se adivinaba el desgaste de muchos años de existencia, seguramente siglos. Sus ojos se posaron sobre él con la codicia del que está ávido de tesoros y por fin encuentra uno.

—¿Un nuevo ejemplar? ¿Dónde lo ha conseguido usted?

—No es nada importante —Roberto captó el movimiento imperceptible de su patrón ocultando la identidad del ejemplar, su deseo de desviar la atención—. ¿Qué estás revisando ahora?

—Un tratado de Le Verrier sobre astronomía, del siglo XIX. Una auténtica joya.

Luis lo acercó hacia él y comenzó a hojearlo con venerable delicadeza, acariciando con la yema de los dedos las páginas amarillentas, percibiendo con claridad su textura áspera.

—Éste me costó trabajo conseguirlo. Fue en Poitiers, en casa de un anticuario, hará unos treinta años. No quería venderlo, ¿sabes? Decía que no había dinero para pagarlo, que era inútil que insistiera. Permanecí una semana en la ciudad, y todos los días regresaba a su casa para ver rechazada cada nueva oferta. Supongo que tuvo que acabar de mí hasta la coronilla, pero no sé si fue eso o la última cifra que escribí en el cheque lo que le hizo cambiar de idea.

Una sonrisa de satisfacción apareció en el relieve sinuoso de arrugas de Luis Cutillas al recordar su estancia en la ciudad francesa. Cada nueva adquisición que conseguía para su fabulosa biblioteca suponía un trofeo, una victoria personal en su alocada carrera por acumular libros.

—Por desgracia —continuó—, no estoy ya para ir dando vueltas por el mundo. Eso es lo que más echo de menos, Roberto, los viajes. Antes podía pasar semanas enteras en Egipto, en Europa central, en cualquier país de América o donde hiciera falta, en cualquier pueblo perdido de España donde pudiera encontrar auténticas maravillas de las que sus dueños ni siquiera sospechaban el valor, y mira lo que he conseguido —dedicó una mirada de complacencia a las estanterías de su alrededor—. No está mal, ¿no crees? A veces pienso lo feliz que sería mi padre de poder contemplarlo.

No era necesario que a Roberto Preciado le indicaran el enorme patrimonio bibliográfico del laberinto. En parte, lo consideraba ya como algo suyo, investigador perseverante de aquellos tomos durante largo tiempo, largas horas diarias dedicadas a una exhaustiva catalogación, a realizar anotaciones sobre las características de las obras, de las historias que había ocultas tras ellas después de haber descrito una travesía continua de mano en mano. Se encarga-

ba también de todo lo referente a la administración del archivo, a la concertación de las citas que algunos eruditos o profesores universitarios venidos de cualquier lugar del mundo solicitaban para consultar algunos de aquellos exquisitos ejemplares. El color macilento de su rostro había sido confeccionado día a día por la penumbra de las numerosas salas de la biblioteca, estancias escasas de luz indiscreta que pudiera dañar las delicadas páginas de los libros, pero no se lamentaba de ello, al contrario, se sentía un privilegiado por tener a su completa disposición aquello que más le apasionaba.

—¿Cómo va lo del Taller del Moro? —Preguntó Roberto cambiando por completo de tercio.

—Aquello no tiene fin. Hemos tenido que levantar todos los suelos, no estaban en condiciones. Ahora me doy cuenta de lo cierto que es el dicho: las obras se saben cuándo empiezan pero no cuándo acaban. En fin, no quiero entretenerte más. Seguro que tienes mucho trabajo aquí. Si me necesitas, estaré en mi despacho; viene a verme mi sobrino.

—¿Quién de ellos?

—Miguel.

Intentó disimularlo pero, a pesar del esfuerzo, no pudo evitar un mohín de disgusto. Por su interior corrieron flujos de profundo desencanto por no tratarse de la persona esperada, deseada. Volvió con rapidez su rostro al añoso tratado, como si se tratara de un refugio capaz de ocultar sus emociones. Luis abandonaba la estancia por la puerta que conducía al bello patio, asaltado por un brusco ataque de tos.

—Debería hacer caso a los médicos, don Luis.

—¿Para qué? ¿Acaso tiene remedio lo mío? Que me dejen disfrutar de mis cigarrillos lo que me quede de vida.

A Roberto le quedó grabada en la mente, como una instantánea fotográfica, la imagen madura, algo achacosa de Luis desvaneciéndose por la puerta, y en ella resaltaban dos cosas con fuerza: su pelo níveo y el libro que portaba en la mano. Se sintió molesto de que

su jefe no permitiera revelarle qué tipo de obra era aquella, a él, el guardián del archivo bibliográfico del que conocía todos sus recovecos. Denotaba una falta de confianza impropia de Luis, incomprensible cuando él mismo tenía a mano obras de un valor incalculable que podía manejar con total libertad. Sintió cómo el virus de la intriga rondaba por su estómago para invadir después su mente impidiéndole la concentración a la que su trabajo obligaba, levantando un velo semitransparente que le permitía leer las palabras del tratado de astronomía sin comprender en realidad lo que expresaban. Y el caso era que tenía plena conciencia de que Luis no había llegado a poner a su disposición todo su patrimonio bibliográfico. Allá, en su despacho, se encontraba el vetusto armario de madera noble que siempre estaba cerrado bajo llave, como una prisión infranqueable que jamás dejara escapar a sus reclusos. Aquel armario había llegado a convertirse en objeto de deseo, una obsesión permanente que a veces incluso se le representaba en sueños, una sospecha de que en su interior se refugiaban libros, o manuscritos, o códices que debían de ser piezas únicas en su género, algún incunable, pero Luis jamás quiso revelarle, ni siquiera mencionar el contenido de aquella caja fuerte de madera. En más de una ocasión estuvo tentado de asaltar la fortaleza que se negaba a mostrar sus secretos, de buscar la llave que abría las puertas y hacerlo a hurtadillas, como un vulgar ladrón de tesoros. Pero al igual que su intención no era robar nada, sino sólo satisfacer su curiosidad impertinente, también resultó cierto que nunca se atrevió a dar el tentador paso bajo la amenaza pavorosa de que su patrón pudiera descubrirlo. Le aterrorizaba el solo hecho de perder su puesto de trabajo, toparse con la mirada sorprendida, triste e inquisidora de Luis, el insoportable suplicio de ser apartado de sus queridos libros, el anodino regreso como profesor en la Escuela de Traductores. No tuvo más remedio que salir unos momentos al patio y dejar deambular su mente entre los dulces susurros del agua del estanque, una manera de liberarla de las obsesiones que le impedían el trabajo. Como siempre le ocurría, la quietud, la paz tangible de aquel rincón de la casona,

apaciguó su zozobra actuando como el bálsamo que remedia los males, como un delicado masaje que espantara los malos humores. Tras unos minutos en los que su irritación se fue diluyendo en el canto del agua, pudo regresar al interior del laberinto para reanudar su labor interrumpida.

Las horas de la mañana transcurrieron plácidas en el refugio particular de Roberto, desempolvando libros, tratándolos con mimo, perdiéndose en el entramado de habitaciones que se comunicaban unas con otras en un ilusorio juego del escondite entre ellas mismas, apareciendo con las manos cargadas de textos que depositaba en su ya saturada mesa de trabajo que parecía reclamar ayuda para no venirse abajo en cualquier momento. Así era el placentero discurrir de la vida de Roberto Preciado y, como su rutina le indicaba, como todos los días, a las dos abandonó el archivo para almorzar en la calle Santo Tomé. Caminó hasta llegar a la singular vía toledana de firme empedrado, cargada de cultura y leyendas como pocas en Toledo, con su convento, su iglesia monumental y sus numerosas tiendas dedicadas a la venta de los famosos damasquinados, espadas de acero y armaduras. Introducirse en aquella calle le sugería el recuerdo entrañable de la infancia transcurrida por sus inverosímiles rincones, como el estrecho callejón de La Soledad, o el de Bodegones, donde el sin par Francisco de Quevedo hiciera gala de su agudeza e ingenio en su época de estudiante

Le acogió la calidez y familiaridad del *Rincón Bar*, donde ni él ni muchos de los clientes eran extraños, sino miembros de un círculo amistoso forjado con el trato exquisito y amable de los dueños del negocio, los hermanos Izquierdo. Ocupó una de las mesas cuadradas con mantel blanco del comedor, entre paredes forradas de madera, la que solía tener reservada en su habitual encuentro con el local. El rumor de conversaciones de otros comensales y el apetitoso olor procedente de los sabrosos platos le hizo abandonarse a la placidez del momento, al feliz sosiego de encontrarse como en su propia casa.

—Hombre, ya ha llegado el ratón de biblioteca.

—¿Qué tal, Pedro? ¿Qué me tienes reservado para hoy?

—Si quieres menú, te ofrecemos de primero sopa castellana, pimientos del piquillo o alcachofas con jamón. De segundo te puedes chupar los dedos con carcamusa, merluza a la romana o brocheta de la casa. ¿Qué me dices, genio? ¿Te vale esto o te traigo la carta?

—Me vale, me vale. Quiero pimientos y brocheta, pero me voy a permitir el capricho de cambiar de vino.

—Pues para hoy había seleccionado uno muy bueno, un *Vega Guijoso*.

—Ya, vale, pero me apetece un *Concejal*, del 95. Lo probé la semana pasada y me gustó una barbaridad.

—Como quiera el experto. ¡Que vivan los vinos de Valdepeñas!

—Oye, mándame el periódico que le eche un vistazo.

Agradecía que el propio Pedro Izquierdo siguiera atendiéndole personalmente cada vez que aportaba por su local. Su figura desapareció sorteando mesas que se iban ocupando de forma paulatina por comensales atraídos por la fama del *Rincón Bar* y su incomparable menú por diez euros. Poco después apareció un camarero joven que le llevó el ejemplar de *El Día* que Roberto se dispuso a hojear con la parsimonia de la no urgencia, fisgoneando los titulares más que el fondo de las noticias, una incursión somera en la información que le mostraban aquellas páginas, como un leve roce de su vista por la tinta impresa. Llegó la ensalada y el crianza de Valdepeñas, y poco después el inconfundible aroma de los pimientos del piquillo. Aparcó el periódico mientras tanto sobre una de las sillas vacías que le acompañaban en la mesa, como tantos otros días, como siempre. Mientras degustaba el tinto y saboreaba el primer plato, regresó a su mente el desaire no intencionado de Luis en la biblioteca, cuando declinó ofertarle el libro que portaba para que él tuviera el placer de adentrarse en sus hojas, para incluirlo en el extenso archivo. Sin embargo, quedó fijada en su memoria la exquisita encuadernación y el colorido de sus tapas con ribetes dorados, además de la caligrafía tan ajena al alfa-

beto latino. ¿Qué motivo habría tenido Luis para entrar en la biblioteca con aquel ejemplar entre sus manos? Los textos ocultos solían enmarcarse en el mayor secreto dentro de la vieja casona, ese halo enigmático con el que Luis dotaba muchas de sus acciones.

Volvió a coger el periódico mientras aguardaba la llegada de las brochetas y retomó la lectura abandonada a favor del disfrute gastronómico. Lo que en otras páginas había resultado un vistazo liviano, se convirtió en atención desmedida cuando alcanzó una de las últimas del diario. Sus ojos devoraron el contenido de la noticia como si hubiese sido el alimento de alguien privado de él durante semanas, con avidez, con vehemencia. Pero sobre todo, consumió cada una de las porciones de la fotografía que ocupaba gran parte de la página mientras notaba que el corazón se le aceleraba y fluía la sangre como un torrente por sus venas. Comprendió enseguida que le apremiaba aclarar sus dudas. Ese día, por primera vez en su vida, olvidó pagar la cuenta en el *Rincón Bar*, y abandonó el local con presteza y el desconcierto del camarero que observó atónito cómo se quedaban huérfanas de dueño las brochetas que llevaba.